

Nacimiento.

Esa noche, cuando comenzó a manchar la blanca hoja con azules letras, ella no sabía por qué lo hacía. No sabía a donde le llevaría eso que ya estaba empezando a convertirse en líneas.

Pero ella, trabajadora y cabezota como ninguna, siguió pintando de letras ese folio. Hizo varios tachones, dejó historias sin acabar, algunas hasta sin empezar, pero, por fin, una de esas fábulas empezó a tomar cuerpo, empezó a tener sentido.

En un momento dado, parecía que el relato tuviera vida propia, como si ya no hiciera falta hacer nada. Sólo dejar que el boli cumpliera su función.

La historia hablaba de un niño que corría feliz repartiendo sonrisas por un bar mientras los mayores hablaban, pero eso, casi, es lo de menos. Lo de “más” es que la hoja se había convertido en cuento.

Precioso y recién nacido cuento.